



FERNANDO A. CONI

El 2 de junio de 1935 falleció en Buenos Aires, en la paz religiosa de un hombre que sobrellevó cristianamente las labores y los dolores de un Job, el venerable editor de las publicaciones del Museo de La Plata durante treinta años, don Fernando A. Coni.

Murió a los setenta y siete años, casi enteramente ciego y perdido en gran parte el don del oído. Había nacido el 19 de mayo de 1858 en la ciudad de Corrientes, precisamente en la casa de la Imprenta del Estado, una institución cuya historia le debimos hace pocos años, y que fuera instituída en los principios del arte (reorganizada, diríamos ahora) por su padre don Pablo Emilio Coni. Éste la dirigió por siete años a partir de 1853, año, según se ve, de muchos comienzos modernos en la nueva historia patria. Su padre era francés, él correntino de nacimiento, y, para quienes le conocimos cuando ya era el maestro editor, imponía espontáneamente como un porteño del viejo cuño, digno sin ser ceremonioso, afable, y protector en sus maneras, mentor de todos en materia tipográfica, y a las veces censor burlón u opositor irreductible cuando se intentaba faltar a la pureza del lenguaje en las publicaciones que editaba.

Su iniciación en las tareas de la imprenta fué de seguro tempranísima, pues su padre vivía para ella y en 1863 y en Buenos Aires la había insta-

lado como empresa particular. Don Fernando, cumplidos los estudios primarios, debió abandonar los superiores porque ya le molestaba la deficiencia de su oído, y con ello le tenemos a los catorce años puesto ya del todo al servicio de las prensas. En 1886 tomó a su cargo la imprenta paterna junto con su hermano Pablo hasta que éste, por el año 1916, fundó la imprenta de la Universidad de Buenos Aires, obligándole ello a desligarse de la imprenta particular. Don Fernando, pues, ha dirigido durante cincuenta años la imprenta de mayor tradición en la Argentina, y le ha infundido sus ideas técnicas y estéticas, le ha impreso dignidad, y, sobre todo, ha logrado que desde el volumen sillar al folleto mínimo, enseñen, sin siquiera leerlos, que existe una belleza tipográfica, un canon no escrito que el editor de conciencia debe corporizar en lo escrito.

El Museo de La Plata le contó como su editor más constante, llegando casi a ser el obligado; como se sabe el Museo se inició con un taller de impresiones propio que, nacionalizado el Instituto dentro de la Universidad, pasó a la Provincia y es hoy el taller de impresiones oficiales. Aquellos viejos tomos de la *Revista* y los *Anales* que tanta ciencia contuvieron, con los finos grabados de Bruch padre, fueron sucedidos por la edición par de la Casa Coni, que estabilizó el tipo de edición científica. Clara en su presentación, maciza en la composición, ha dado durante una treintena de años la lección permanente de aquella dignidad del trabajo bien hecho que parece un ejemplo arrancado a las inmortales páginas de Charles Péguy sobre el obrero, el artífice, el artista y el hombre de antaño. De esa edad perdida parecía venir don Fernando por su pulcritud exigente, la sensibilidad altiva respecto de la dignidad de su propio trabajo, su afán de llevar a todos por el buen camino en materia de ediciones.

Así se comprende cómo más que con el industrial se daba con el hombre y cómo su interés estaba también en otras actividades.

Así, para mencionar un ejemplo, tenemos su plan de un *Diccionario Geográfico Argentino*, del cual están impresos los primeros pliegos desde hace muchos años. Para todos quienes hemos estudiado la naturaleza o el hombre argentinos, o como cuando se ha explorado su historia, siempre hemos dado con el grave inconveniente que es la falta de una obra elaborada a conciencia donde se establezcan nuestros conocimientos sobre la geografía argentina, distribuída según un orden toponímico. Fué por el año 1878 cuando Coni inició su recopilación. Con mayor razón entonces que ahora (ahora cuando hay todavía razón sobrada para ello) nada se podía hacer desde un gabinete. Viajando hay que hacer la geografía. Coni emprendió un largo viaje por el interior argentino. A pesar de algunas ayudas el viaje fué muy penoso, pero quedó recogido un abundante material, inédito casi totalmente, fraccionario, desde luego, y, como decimos, algunos pliegos están impresos, los cuales, según tenemos oído, la actual imprenta dará en breve a luz en homenaje a su memoria. La preparación del *Diccionario* fué definitivamente interrumpida y ello no es cosa de extrañar, dada

la penuria del medio. Pero no perdamos la ocasión de señalar ese interés intelectual por una obra útil, que ya entonces hubiera servido (con su espíritu científico de ver aquello que no está escrito) para salvar muchos nombres tradicionales amenazados por la esponja del progreso en un país que se transforma rápidamente, — y con mala memoria.

Coni escribió, en los primeros años del siglo actual, al instaurar el ministro Magnasco la enseñanza de nociones de agricultura en las escuelas del ciclo secundario, un texto de *Trabajo Agrícola* que mereció juicios elogiosos de la crítica y del magisterio de toda la República.

La Sociedad Científica Argentina en algunas oportunidades, y sobre todo en las épocas críticas de su existencia, delegó en él la dirección de sus históricos *Anales*, prueba de confianza y prueba de buen juicio.

La política activa también le atrajo; estuvo con los jóvenes iniciadores de la Unión Cívica y luego con la madurez del movimiento que la continuó hasta apartarse definitivamente después de 1916. Actuó siempre en lo que se llamara Barracas al Norte, es decir, la actual parroquia de Santa Lucía. Localista, si así puede decirse de que lo que Chesterton llama el patriotismo de barrio, por la misma y tradicional parroquia desempeñó honorariamente muchos cargos públicos: en la Subintendencia Municipal, en la Comisión de Higiene, en el Consejo Escolar, del cual ejerció durante varios períodos la Presidencia, y, *last, not least*, fué él y allí quien fundó el primero de los Círculos de Obreros a iniciativa de aquel venerable apóstol que es el Padre Grote, realizador en nuestra tierra de las directivas del Papa León XIII. Aparte de ello, fué socio fundador del Instituto Geográfico Argentino, a cuya Comisión Directiva perteneció varias veces; fundador del Club Industrial, predecesor en aquellos años de la actual Unión Industrial Argentina, y fué dentro de ésta socio fundador de la Sección Artes Gráficas; también lo fué del Instituto Argentino de Artes Gráficas.

Mientras tanto fué colaborador de diarios y revistas, más activamente cuando sus ojos ya le fallaron para el mundo extraño, y lo hizo con amor, siempre al servicio del orden, preocupado por el porvenir moral de su país, empeñado en mejorar lo que todavía podía mejorarse.

Al pasar hemos mentado a Chesterton y ésta de don Fernando A. Coni es una vida de biografía chestertoniana por esa paradoja del ciego que da la luz escrita, que fija el resplandor del orden sobre la página impresa, que captura para su luminoso y sellado mundo interior las necesidades de los otros y de allí dentro las vuelve con un decoro luminoso; encarnación, en fin, de aquella imagen infantil de Gutenberg y su primera prueba impresa, el *Fiat lux* que sólo es verdadero cuando instauro un orden.

El Museo de La Plata ha perdido un buen amigo y con ese sentir su Consejo académico le rindió el homenaje de su respeto en la sesión del día 5 de julio de 1935 y dispuso la publicación de una nota necrológica en la Sección Oficial de su *Revista*.

E. J. Mac Donagh.